



OBISPO DE CARTAGENA

## Ordenación de Diáconos

Santa Iglesia Catedral. Murcia 3/3/2022

Brian Palao Abellán  
Eduardo Pérez Orenes  
Antonio Sánchez Franco  
Vladimir Revutsky Matsevko  
Francisco Saorín Guillamón

Vicario episcopales, deán de la catedral y Cabildo  
Sacerdotes, párrocos de los candidatos,  
Rector del Seminario Mayor San Fulgencio y formadores,  
Rector del Seminario Misionero Diocesano Redemptoris Mater y formadores,  
Director del Instituto Teológico San Fulgencio y profesores,  
Religiosos y religiosas,  
Seminaristas,  
Familiares de los llamados al diaconado,  
Hermanos y hermanas,

Antes de comenzar mis palabras, me dirijo a ti, querido Vladimir, porque sabemos que tú y tu familia estáis sufriendo a causa de la guerra en tu país, Ucrania. Hay momentos en los que lo mejor es el silencio, pero este no lo es, por eso te mostramos a ti y a tu familia, así como a todo el pueblo ucraniano que vive en España y a los que están allá, nuestra solidaridad. Con estas palabras van nuestras oraciones al Señor de la Paz, nuestros deseos de que se acabe ya la guerra, para que puedan vivir en ese país con la libertad de los hijos de Dios, en la justicia y en la paz, con todos los derechos que os merecéis. Esta Iglesia de Cartagena ha pedido una limosna cuaresmal para ayudar a los ciudadanos de vuestra patria, que la haremos llegar por medio de Cáritas.

Queridos seminaristas, aspirantes al diaconado, os felicito de corazón por este paso que estáis dando para consagrar vuestra vida al servicio del pueblo de Dios. Habéis pasado un largo tiempo de preparación, pero no olvidéis que fue el Señor el que salió a vuestro encuentro para pedirnos este servicio, que el protagonista de esta historia ha sido Jesucristo y lo que os pide es entregar la vida, no unos días, ni un mes o un año, sino toda la vida, para que vosotros entreguéis la vida a Dios, porque es el Señor el que continúa la obra de la redención en la tierra. Vuestra vocación sacerdotal es un tesoro que lleváis en vasijas de barro (cf. 2Co 4,7). Pero no olvidéis la experiencia del apóstol Pablo, que débil como nosotros, exclamó: «*Cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte*» (2 Co 12,10). La conciencia de esta debilidad abre la intimidad de Dios, que da la fuerza y la alegría. Vosotros tened por seguro que, cuanto más persevera un sacerdote en la amistad de Dios, tanto más continuará la obra del Redentor en la tierra. Lo dije al comienzo, lo que se os pide es una entrega en obediencia para toda la vida, porque a partir de estos momentos no viviréis para vosotros mismos, sino para todos. El sacerdote es un hombre para los demás.

Precisamente, en estos tiempos tan complicados y confusos, es cuando más cuidado debe llevar uno, cuando más vigilancia debe poner en su vida, por los múltiples desafíos que nos rodean, aunque no hay que tener miedo, porque tú eres una persona de Dios, un llamado, el hombre de la Palabra divina y de lo sagrado, por eso tu estilo está claro, la confianza, el abandono en las manos del Señor, lejos de los temores. A partir de ahora tienes que ser más que nunca el hombre de la alegría y de la esperanza. A la gente que no puede concebir que Dios sea Amor puro, vosotros les vais a decir que la vida merece la pena vivirla, y que Cristo le da todo su sentido porque nos ama a todos. Además, vuestras manos, vuestros labios, se convertirán en las manos y en los labios de Dios. Llevaréis a Cristo en vosotros; por gracia entraréis en la Santísima Trinidad. Como decía el santo cura de Ars: *«Si se tuviera fe, se vería a Dios escondido en el sacerdote como una luz detrás de un cristal, como un vino mezclado con agua»*.

Habéis comenzado un itinerario precioso, un camino de alegría y esperanza, como sembradores del amor y de la paz de Dios para todos. Seréis testigos vivos del poder de Dios que actúa en la debilidad de los hombres, consagrados para la salvación del mundo, elegidos por Cristo mismo para ser, gracias a él, sal de la tierra y luz del mundo. Nada sustituirá jamás el ministerio de los sacerdotes en la vida de la Iglesia, porque vuestra vocación es el amor, un regalo de Nuestro Señor, para que podáis entregaros totalmente al servicio de la santificación de todos los miembros del pueblo de Dios.

Vosotros, en el ejercicio del ministerio os convertiréis en testigos de la luz de Dios, en peregrinos de la fe y testigos de Cristo resucitado. Vuestro servicio tiene sentido en la entrega a los demás para que con vuestra palabra y con vuestro ejemplo conozcan más y mejor a Jesús, ayudaréis a la gente a no caer en las trampas que tiende la vida, porque le iluminaréis con la Palabra del Señor y el testimonio de los santos y les ofreceréis la fuerza de la gracia de Dios en los sacramentos. Vuestro ministerio ayudará a los hermanos a ir en busca de lo que realmente sus corazones anhelan, porque la sabiduría que derramaréis les servirá para ir despejando de sus vidas todas las adherencias y miedos infundados. Esto es lo que hizo el Señor resucitado con los discípulos que, aturcidos y desalentados, iban de camino hacia Emaús. Cuando a la palabra se añadió el gesto de partir el pan, a los discípulos *«se les abrieron los ojos»* (cf. Lc 24,31) y reconocieron al que creían sumido en la muerte.

Este ministerio será exigente, porque os hará volver siempre a la voluntad de Dios, no a la vuestra, a lo que vosotros queréis u os gusta, no, a la voluntad de Dios, os hará mirar a Cristo una y otra vez, incluso en los momentos más difíciles, porque es en medio de la tempestad cuando más se necesita estar junto al Señor. Nunca os faltará su ayuda, porque siempre está cerca de vosotros, irá con vosotros en el camino, os acompañará su gracia para convertirlos en testigos ante los demás de que Cristo vive y que es nuestra esperanza imperecedera de salvación. El Santo Cura de Ars decía que *«la gracia de Dios nos ayuda a andar y nos sostiene. Nos es tan necesaria como las muletas a un lisiado»*.

Queridos Brian, Eduardo, Antonio, Vladimir y Francisco, sois privilegiados por este inmenso regalo de Dios, ahora todo es alegría y gozo, pero no olvidéis que el heroísmo de los testigos de la fe recuerda que solo el amor de Cristo hace eficaz la acción apostólica, sobre todo en los momentos de dificultad o de prueba. Imitad a Nuestro Señor siempre, que Él os enseñará que no vino a ser servido, sino a servir y a dar la vida en rescate por muchos (Cf. Mc 10,45). Alimentad el amor de Cristo con la oración, con la escucha de la Palabra y con la Eucaristía y procurad ser, con su gracia, artífices de la unidad y de la paz

en todos los ambientes, que algo de esto estamos viviendo en la Iglesia en este tiempo de preparación para el Sínodo.

Nos encomendamos a la Santísima Virgen María, Nuestra Madre, a fin de que podáis ser guías firmes e iluminados para los fieles a los que vais a servir con cuidado de hermanos.

+ José Manuel Lorca Planes  
Obispo de Cartagena